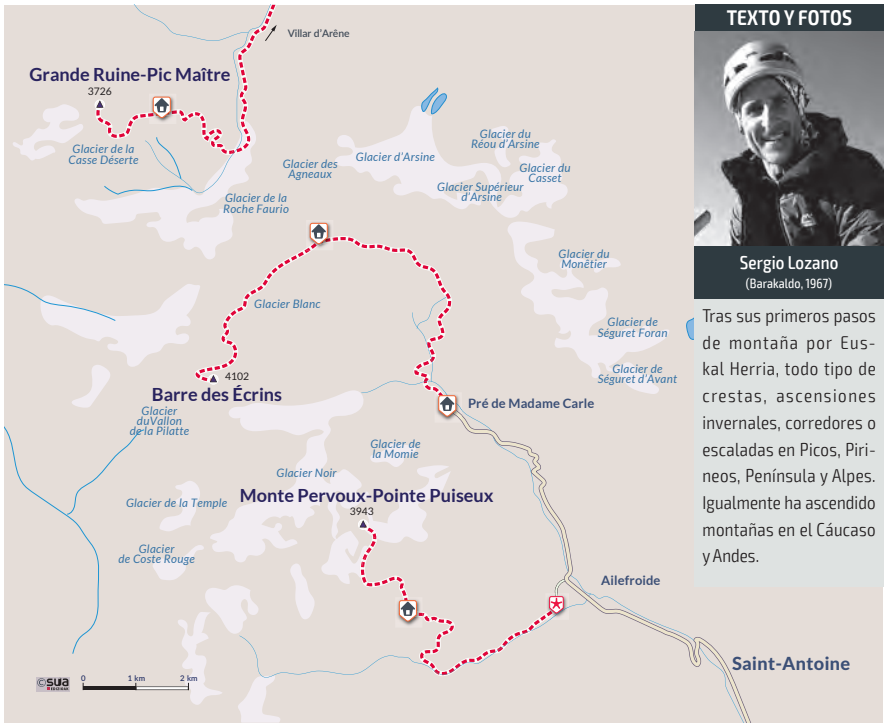
ALPES
MEJOR QUE UN BUEN PLAN, UN PLAN SENCILLO

El plan de mi primera visita a los Alpes pretendía dos ascensiones en solitario: la arista Lyon al Cervino y el Mont Blanc por el espolón de la Tournette. No me comí una rosca. El paseo iniciático entre la estación superior del teleférico de Cervinia y el palco vip del Breithorn, y ya. La meteorología no colaboró. Aunque lo hubiera hecho, pensé en el autobús de vuelta a Bilbao, el resultado no hubiera sido muy diferente. Fui sin frenos y a lo loco. He escrito plan... Ni siquiera tenía algo parecido a un plan.



TEXTO Y FOTOS

Sergio Lozano
(Barakaldo, 1967)

Tras sus primeros pasos de montaña por Euskal Herria, todo tipo de crestas, ascensiones invernales, corredores o escaladas en Picos, Pirineos, Península y Alpes. Igualmente ha ascendido montañas en el Cáucaso y Andes.

Perfeccioné el prototipo para la segunda ocasión: un compañero de cordada -un buen amigo, un montañero excelente-, objetivos asequibles, tiempo y equipo de sobra, más dinero, más información. Un señor plan, uno bueno. Ascendimos un rosario de cimas en la Vanoise y decidimos acercarnos a Écrins como colofón porque en la cima del Albaron me había hipnotizado una montaña que destacaba hacia el SO. Mi amigo miró en la misma dirección y sonrió. La Barre des Écrins, dijo. Acordamos darle una vuelta de tuerca al proyecto inicial. Trepamos a Le Râteau para que no se nos indigestaran los cuatro mil metros de la Barre y al día siguiente condujimos hasta Ailefroide. Y allí, donde arranca la pista a la Pré de Madame Carle, mi amigo dudó, yo me puse nervioso -una de mis más preferidas aficiones-, discutimos y el buen plan se fue a hacer gárgaras.

Mejor que un buen plan, siempre, un plan sencillo, decidí para el tercer viaje. La meta era aquella montaña que seguía atravesada en mi cerebro como una espina clavada en la glotis. Bastarían un par de ascensiones a modo de aclimatación. Algo rápido, cero huellas, el homicidio perfecto. Dos días por cima, contada una noche intermedia en el refugio correspondiente, más otros dos para los viajes de ida y vuelta con la música de *The Offspring* atronando en bucle dentro del coche. Llegar a Ailefroide, Mont Pelvoux, Grande Ruine, Barre, volver a casa: ocho días.

Plan de l'Alpe, al inicio del sendero hacia el refugio Adèle Planchard

DE LÍMITES Y ABISMOS

El guarda del refugio pregunta por tus intenciones para mañana. Pelvoux, respondes. Saca el brazo por el ventanuco y señala una fotografía. Coolidge, dice. Asientes. Mejor por la derecha, dice. Refuerza sus palabras indicando con el dedo una de las líneas en las que se divide el corredor de nieve. Adviertes que el ramal izquierdo muere antes de alcanzar el rellano glaciar.

La madrugada siguiente partimos cinco grupos. Los franceses dejan el sendero pedregoso a la media hora de marcha. Sus luces se alejan en perpendicular al Glacier du Clot de l'Homme. Qué diablos, piensas, están en su país. Luego ves el haz de mi frontal, que toma la delantera a los holandeses. Los pierdes de vista al poco, tras un cambio de pendiente en la entrada al Glacier de Sialouze. Estás solo en la noche. Yo ascenderé por la parte izquierda del corredor. Preferiré el terreno mixto del tercio superior de ese ramal a la nieve en malas condiciones y el riesgo de caída de piedras emboscados en el consejo del guarda. Los holandeses me comprarán la elección. Pero tú no llegarás a tiempo de vernos. Serás el único que no se apartará del camino marcado.

Panorámica desde el refugio de Écrins: el glaciar Blanc, en la cubeta que forman, de izquierda a derecha, Serre Soubeyran, Grande Sagne, Barre Noire y Barre des Écrins

Entrada la mañana nos volvemos a encontrar, José Joaquim. *Non eta Coolidge korridorean.* Tú asciendes, yo regreso de la cima. Falto a la verdad. Tú estás metido en un marrón hasta la ingle, yo he esperado a los holandeses en la Pointe Puiseux, allí hemos intercambiado *selfies* y barritas energéticas y nos hemos separado porque ellos bajan por el Glacier des Violettes mientras que mi destino está unido al tuyo –o viceversa, el destino es difícil de interpretar–.

Intentas afianzar las piernas y solo consigues deslizarte. Te vences de lado como una marioneta a la que hubieran cortado un hilo. Tus piolets de tracción hacen saltar en añicos la escarcha superficial y luego se hunden hasta la empuñadura en la nieve suelta igual que

un cuchillo de destazar vacas en un bloque de mantequilla. De la Arête des Rochers Rouges gotean piedras y trozos de hielo que juegan al gato y al ratón con tus nervios.

Tenho medo, dices cuando me acerco. Y yo, también yo, debería sincerarme. El punto es que la sinceridad no va a sacarnos del corredor. Vamos a bajar de aquí, *tú y yo*, digo y tú comprendes. Da igual el idioma que armemos para comunicarnos, es el tipo de situación en la cual dos personas se entienden como si fueran gemelos monocigóticos. Te ayudo a salir de las arenas movedizas y perdemos altura destrepando por la roca en busca de nieve más consistente. Luego descendemos muy lentamente hasta la base del corredor, evitamos algunas grietas en la pala inferior, relajamos los esfínteres al pisar terreno llano y acabamos dejándonos caer de puro cansancio en un islote rocoso.

Mientras comemos algo de chocolate me cuentas que tu madre es francesa y tu padre, portugués. El Pelvoux es mi primera experiencia de alta montaña, confiesas, cuando la teobromina del cacao se infiltra en tu cerebro. Me giro y observo el corredor. Podría ponerme en pie y espetarte cualquier cosa. Con voz desabrida o pose de aventurero, desde la experiencia o habilitado por haber coronado una cumbre que tú hoy no alcanzarás. Pero te entiendo, José Joaquim, entiendo la pasión que te ha empujado hasta el límite del abismo. Así que me levanto y te pregunto cómo te encuentras y si te parece bien proseguir el descenso en solitario, y después te doy un abrazo, me pongo la mochila y retomo el camino sin mirar atrás.

FE DE ERRATAS

Una. Alpes está masificado. Telesillas, trenes cremallera, carreteras inverosímiles entre chalecitos de madera y centros de vacaciones, comercios donde se venden quesos km 0, verduras ecológicas, pan artesanal y los adminículos deportivos del mañana.

Llego al refugio Adèle Planchard, a un palmo del cielo, no más, y allí solo estamos las dos guardesas, una pareja de franceses y un servidor. Ni media docena de almas. Apenas he visto indicios de actividad humana durante el camino. Unas pocas horas y 1500 metros de desnivel después, un territorio salvaje, casi virgen.

Dos. Los guías de montaña de Alpes sufren trastorno de identidad disociativo. Ositos amorosos con sus clientes, se transforman en un híbrido entre D. Trump y Terminator si un extraño se acerca a menos de diez metros del grupo que conducen.

De mis dos compañeros de refugio el joven tiene aspecto de guía de montaña, huele a guía, gesticula igual que un guía mientras ayuda al otro a encordarse, me escanea como solo un guía de montaña sabe hacerlo y sale del refugio seguido del otro. Van a buscar el hilo de Ariadna que los guíe en la madrugada por el laberinto de hielo negro y grietas que parece la ruta normal por el glaciar. Yo me inclino por dar un paseo hasta un promontorio cercano al refugio. Desde allí, estudio el Glacier Supérieur des Agneaux valiéndome del *zoom* de mi cámara.

Los galos tienen tal soltura con la lengua de Su Graciosa Majestad que se genera la ilusión de que soy capaz de mantener una conversación fluida durante la cena. Me preguntan por los Pirineos, comparamos Lyon y Bilbao –tablas en el movimiento 23– y con el postre ponemos en común nuestros planes para la

Refugio Adèle Planchard (viejo y nuevo), inmejorable atalaya sobre el corazón de Écrins

ascensión a la Grande Ruine. Coincidimos en que el único itinerario sencillo supone ganar un poco de altura nada más salir del refugio, cruzar el glaciar en horizontal y luego ascender en paralelo al contrafuerte ESE a ritmo de chachachá para sortear la segura lluvia de piedras y demás partículas elementales. No quiero correr riesgos, dice el joven, en la primera ascensión de mi padre. Un maldito guía de montaña, comprendo, camuflado de vástago. Ha compartido información, me ha dado su porción de queso, incluso ha reído mis torpes chistes. Caramba.

Tres. La guardesa del refugio es la Altísima. Su palabra es dogma de fe.

Media docena de metros me separan de la roca, una rimaya y una franja de hielo duro como titanio. Estoy en un puente de nieve, rodeado por rastros de pisadas. Algún otro ha desoído a las guardesas. No aconsejamos la ascensión a la Pointe Brevoort, dijo una de ellas. La punta de mi piolet Aztar ha entrado un par de centímetros en el hielo, pero mi piolet de travesía se niega a colaborar. Tomo aire y estudio la pared. Aunque pudiera superar la grieta, no acierto a descubrir una ruta evidente para encararme al espolón. Recuerdo la cara de la otra guardesa, asintiendo en silencio mientras su colega lanzaba la advertencia.

Me pregunto qué habrá sido de las cordadas cuyas huellas me acompañan. Me giro. Hijo y padre avanzan lentamente por el glaciar. Directos hacia el Pic Maître. Parece una buena respuesta.

Cuatro. La meteorología es una ciencia (casi) exacta. La persona del tiempo rara vez se equivoca (en Alpes).

Se anuncia tormenta para media mañana, en una o dos horas, a vuelta de correo en el mejor de los casos. La brecha Giraud-Lézin parece la cubierta de vuelo del portaaviones USS Saratoga la mañana del día 15 de enero de 1990 y las dos cimas de La Grande Ruine, cúpulas del palacio presidencial de Sadam Hussein. Desando el camino hasta la plataforma glaciar y luego enfilo una diagonal evidente en la parte central del Pic Maître.

Los franceses llegan a mi altura a tiempo de desearme suerte. Se detienen a montar una reunión para asegurar la subida. Pero ya no queda tiempo. No, al menos, para el cálculo. Es la jodida hora del ruido y la furia. Los F-18 Hornet se ciernen en vuelo rasante por encima de nuestras cabezas. Alcanzo la cima, me saco el plumas y el *polar stretch* para que se vea la camiseta de *La Quadrako Mendi Lasterketa* –promesa a un compañero de trabajo y amigo–, tiro dos fotos movidas y la que tendrá que valer y me abalanzo corredor abajo mientras caen los primeros copos.

A pie de vía el joven acaba de despejar la reunión. Su padre se protege del viento acurrucado contra la pared. La montaña es ahora un líquido turbio, un torbellino que gira ame-

El poli malo asegura a su compañero en la reunión de la brecha Lory. En segundo plano, el único puente de nieve en la rimaya del glaciar

Vía normal de ascenso desde la arista somital de la Barre des Écrins. La huella dejada puede apreciarse, incluso, en la parte llana del glaciar

nazante y succiona nuestras energías. *Help?*, pregunto. El guía me apoya una mano en el hombro y sonríe. Cambio los piolets por los bastones y me alejo, un garabato oscuro entre relámpagos.

MALAS DECISIONES

Admira la Brèche Lory. Sus ojos siguen la línea de las cuerdas, se detienen en los anclajes de la reunión y regresan a los míos. Chasquea la lengua. *Not a good decision, friend,* dice. Su colega me guiña un ojo y se encoge de hombros, a punto de iniciar el rápel.

Ahora somos *recién* viejos amigos, A y B, franceses, poli malo y poli bueno, y el infrascrito, funámbulo ocasional. A las tres de la madrugada apenas éramos unos desconocidos entre decenas de alpinistas concentrados en desayunar a la carrera y ocupar la *pole position* en la parrilla de salida. Ellos han sido los primeros en iniciar la ascensión. He seguido el haz de sus frontales en la rampa glaciar hasta alcanzarlos con la primera luz. Parecían esperarme. Allí arriba, en la Brèche Lory, aguardan un muro y una pendiente helada que conduce directa al infierno. El cerebro no anda sobrado de oxígeno. Quiere dudar. Pero yo iba solo. Para un montañero solitario dudar es un lujo prohibido. Ellos tenían que saberlo. Tras pedir paso con un gesto, he descendido unos metros hacia la izquierda y he comenzado a trepar el granito escarchado. Luego he esperado poco más allá de la reunión a que la pareja me rebasara antes de meternos en la cresta por pura justicia, dado que ellos habían sido punta de lanza en la dura ascensión por el glaciar. También –aunque no necesariamente en este orden– porque iba a tener que pedirles un favor en el descenso.

Puedo usar tu cuerda, repito mirándolo a los ojos, en el mejor inglés del que soy capaz.

El francés señala mi cintura. *No harness*, digo y enseño las dos filas de dientes. Solo necesito tenerla a mano mientras destrepo hasta la brecha, algo así como poner una red ahí abajo, le explicaría si tuviera un mayor dominio del idioma y estuviera algo menos tenso. Su colega da una voz. Ha llegado a la reunión inferior, desde la cual harán un segundo rápel para superar la rimaya. Las cuerdas y la mandíbula de A se destensan. Me invita a pasar con un ademán de la mano. Bingo.

Echo un vistazo hacia la brecha. Las cordadas que regresan del Dôme han preparado un atasco épico. Voy a vivir mis cinco de minutos de gloria, convertido en el centro de interés de las decenas de alpinistas que esperan para atravesar el ojo de la aguja del único puente de nieve sobre la rimaya. Las cuerdas caen a plomo, obligándome a bajar en vertical en lugar de intentarlo por una zona más practicable. Juraría que se escucha un redoble de tambor lejano.

Bajo directo hasta que se acaban los agarres. Alargo en horizontal el brazo derecho para desplazarme hacia una zona más rugosa. Siento el roce de la cuerda en mi mejilla. Progreso un par de metros. Vuelven a escasear las presas. Bajo la pierna, pero no hay dónde apoyarla. A se asoma al vacío. Tiene la mirada extraviada. B aúlla desde la reunión inferior. *The rope*, grita. *The fucking rope*, matiza. Encuentro una fisura donde entran tres dedos a mi izquierda. A continuación, tanteo con la bota y localizo una repisa mínima en la vertical de esa mano. Toca desplazar el modesto peso de mi modesto cuerpo, liberar la otra mano, luego la pierna, completar la travesía. Pero las cosas no suceden de acuerdo a esta deseable secuencia porque mi mano se suelta antes de acomodar el cuerpo. A desvía la vista, el redoble cesa, B enmudece, el público contiene la respiración. Mi cuerpo flota en el aire durante una fracción de latido y luego comienza a caer. Entonces, mi sistema nervioso central envía una orden a la mano y esta se cierra y ahí está *the fucking rope*, materializada de la nada junto al grito de B, un suspiro colectivo mezclado con risas y la voz de A que maldice en varios idiomas por encima del revivido tambor.

El resto sucede a gran velocidad. Destrepo los últimos metros ayudándome de la cuerda. Me calzo los crampones. Trazo una tangente hasta el atasco en el borde del puente de nieve, donde todos se apartan como si fuera portador del ébola. Luego me disparo pendiente abajo, sorteando cordadas ante la mirada ceñuda de los *seracs* del Glacier Blanc.

Me reúno con mis ángeles de la guarda en la base de la Barre. B hace mención de soltarme un directo a la nariz y sonríe. A se mantiene a distancia. Me acerco a él. *The rope, please*, digo. Me mira de soslayo. *I am not proud*, digo y señalo la cima, he hecho muchas cosas mal, pero ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo. Y final con beso de tornillo entre hombre y cuerda, carcajadas y abrazos, descenso en modo turbo hacia la Pré de Madame Carle, una ducha caliente y una cerveza helada en Ailefroide, la fragante planicie de la Provenza, las siluetas familiares de Pirineos, Euskal Herria, Ana y Amaiur, el sentido de la vida, las personas a las que más quiero, y ahora cómo demonios les cuento todo esto. Aunque, bien pensado, ¿es necesario contarlo todo, todo?

Grietas en la parte inferior de la rampa glaciar de la Barre des Écrins